

JUSTA INDIGNACIÓN DE UN PELUQUERO

El digno peluquero que había echado de su casa á los dos niños, á quienes Gavroche había abierto el vientre paternal del elefante, estaba en este momento en su tienda afeitando á un viejo soldado de la legión de honor que había servido en tiempo del Imperio. Estaban en conversación: el peluquero había hablado naturalmente al soldado del motín, después del general Lamarque, y de Lamarque habían pasado á hablar del emperador; de lo cual resultó una conversación de barbero y soldado, que Prudhomme, si hubiera estado presente, habría enriquecido con arabescos y habría titulado: *Diálogo de la navaja y el sable*.

—Caballero,—decía el barbero,—¿cómo montaba el emperador á caballo?

—Mal. No sabía caer; así es que no cayó nunca.

—¿Tenía buenos caballos? ¿Debería tener buenos caballos?

—El día en que me dió la cruz, me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredora, blanca enteramente, con las orejas muy apartadas, la silla profunda, la cabeza delgada, con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articula-

das, las costillas salientes, el lomo oblicuo, la grupa poderosa. Un poco más de quince palmos de alta.

—Hermoso caballo,—dijo el peluquero.

—Era de S. M.

El peluquero conoció que después de estas palabras era conveniente un poco de silencio; se calló, y dijo después:

—El emperador no fué herido más que una vez. ¿No es verdad?

El veterano respondió con el acento tranquilo y soberano del hombre que lo ha visto:

—En el talón: en Ratisbona. Nunca le ví mejor puesto que aquel día; estaba reluciente como un sueldo.

—Y vos, señor veterano, ¿habéis sido herido muchas veces?

—¿Yo?—dijo el soldado.—¡Ah! ¡No es cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca; en Austerlitz una bala en el brazo derecho; en Jena otra en la cadera izquierda; en Friedland un bayonetazo—aquí;—en el Moskowa siete ú ocho lanzazos, no importa dónde; en Lutzen un tiro de obús que me rompió un dedo... ¡Ah! y en Waterlío un balazo de cañón en el muslo. Nada más.

—¡Qué hermoso es eso,—exclamó el peluquero con acento pindárico,—eso de morir en el campo de batalla! Yo, palabra de honor, antes que morir en mi cama de enfermedad, lentamente, un poco cada día, con drogas, cataplasmas, jeringas y medicinas, quisiera recibir en el vientre una bala de cañón.

—No tenéis mal gusto,—dijo el soldado.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando resonó en la tienda un horrible estrépito: había sido roto violentamente un vidrio del escaparate.

El peluquero se puso lívido.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó.—¡Ahí está una!

—¿El qué?

—Una bala de cañón.

—Hela aquí,—dijo el soldado.

Y recogió una cosa que rodaba por el suelo: era una piedra.

El peluquero corrió hacia el vidrio roto y vió á Gavroche que corría á escape hacia el mercado de San Juan. Al pasar por delante de la peluquería, Gavroche, que llevaba en la memoria á los dos niños, no pudo resistir al deseo de darle los buenos días, y le tiró una piedra á los vidrios.

—¡Pero veis!...—dijo el peluquero, que de pálido había pasado á azul.—Ese hace mal, sólo por hacer mal. ¿Qué le hecho yo á ese pilluelo?

IV

EL NIÑO SE ADMIRA DEL VIEJO

Mientras tanto Gavroche en el mercado de San Juan, cuyo cuerpo de guardia había sido desarmado ya, acababa de hacer su incorporación á un grupo guiado por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos iban casi armados. Bahorel y Juan Prouvaire les habían encontrado y aumentaban el grupo. Enjolras llevaba una escopeta de caza de dos cañones; Combeferre un fusil de guardia nacional con el número de la legión y en la cintura dos pistolas, que se le veían bajo su levita desabotonada; Juan Prouvaire un viejo mosquetón de caballería, y Bahorel una carabina. Courfeyrac blandía un estoque. Feuilly, con un sable desnudo, marchaba delante gritando: ¡Viva Polonia!

Venían del muelle Morland, sin corbata y sin sombrero, agitados, mojados por la lluvia y con el fuego en los ojos. Gavroche se acercó á ellos tranquilo.

—¿A dónde vamos?

—Ven,—dijo Courfeyrac.

Detrás de Feuilly iba, ó por mejor decir, saltaba Bahorel, como un pez en las aguas del motín. Tenía su chaleco rojo, y palabras, de esas que lo destruyen

todo. Su chaleco trastornó á un transeunte, que gritó asustado:

—¡Ya están ahí los rojos!

—¡El rojo, los rojos!—replicó Bahorel.—¡Pícaro miedo, ciudadano! En cuanto á mí, no tiemblo ante una amapola; el sombrero rojo no me inspira temor alguno. Ciudadanos, creedme, dejemos el miedo á lo rojo á los animales cornudos.

Bahorel vió entonces en una ventana á un joven pálido con barba negra que los estaba viendo pasar, probablemente un amigo del A B C, y le gritó:

—Pronto, cartuchos *para bellum*.

—¡Bello hombre! es verdad,—dijo Gavroche, que ya comprendía el latín (1).

Un acompañamiento tumultuoso les seguía; estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Cougourde de Aix, obreros, hombres bien puestos, armados de palos; algunos, como Combeferre, con pistolas sujetas en la pretina de los pantalones. Un viejo, que parecía de mucha edad, iba también en el grupo. No tenía armas y se apresuraba, por no quedarse atrás, aunque iba pensativo. Gavroche le descubrió.

—¿Qué es eso? (¿Qué es eso?)—dijo á Courfeyrac.

—Un viejo.

Era el señor Mabeuf.

(1) La palabra latina *bellum* la pronuncian los franceses lo mismo que *bel-homme*; de aquí la equivocación de Gavroche.

V

EL ANCIANO

Digamos ahora lo que había pasado.

Enjolras y sus amigos estaban en el boulevard Bourdon, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones daban la carga. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre eran del grupo que había seguido la calle Bassompierre, gritando:

—¡A las barricadas!—En la calle Lesdiguières habían encontrado á un anciano que les llamó la atención porque andaba haciendo eses como si estuviera embriagado. Llevaba, además, el sombrero en la mano, á pesar de que había estado lloviendo toda la mañana y aún seguía lloviendo bastante fuerte. Courfeyrac había reconocido al señor Mabeuf, á quien conocía por haber acompañado muchas veces á Mario á su casa. Sabiendo las costumbres pacíficas y más que tímidas del antiguo mayordomo librero, y extrañando verle en medio de aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta, lloviendo y paseando por entre las balas, se había acercado á él, y el amotinado de veinticinco años y el octogenario habían tenido este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos á casa.

—¿Por qué?
 —Porque va á haber jarana.
 —Eso es bueno.
 —¡Sablazos, tiros!, señor Mabeuf.
 —Eso es bueno.
 —¡Cañonazos!
 —Eso es bueno. ¿A dónde vais vosotros?
 —Vamos á echar abajo el gobierno.
 —Eso es bueno.

Y los había seguido sin volver á pronunciar una palabra. Su paso se había ido fortaleciendo; algunos obreros le habían ofrecido el brazo y le había rehusado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, presentando á un tiempo el movimiento de un hombre que anda y el rostro de un hombre que duerme.

—¡Qué hombre tan templado!—murmuraban algunos estudiantes.

En el grupo corría el rumor de que era un antiguo convencional, un viejo regicida.

Mientras tanto el tumulto se dirigía por la calle de la Verrerie.

Gavroche iba delante cantando á grito herido lo siguiente, y haciendo las veces de clarín:

Pues ya ha salido la luna,
 ¿Cuándo nos vamos de tuna?
 Dijo Carloto á Carlota.
 Tú, tú, tú,
 Vamos á Chatú.

Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

—
 Por comer dos cañamones
 Se embriagaron dos gorriónes
 Al pie de una encina rota.

Sí, sí, sí,
 Vamos á Passy.
 Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

—
 Un tigre que vió á estos bobos
 Convertidos en dos lobos
 Dijo con cara devota:
 Don, don, don,
 Vamos á Meudon.

Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota

—
 Y pues que sale la luna,
 ¿Cuándo nos vamos de tuna?
 Dijo Carloto á Carlota.
 Tris, tris, tris,
 Vamos á París.
 Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

VI

RECLUTAS

El grupo crecía á cada instante. Hacia la calle de Billettes, un hombre de alta estatura, que empezaba á encanecer, y cuyo rostro rudo y atrevido notaron Courfeyrac, Enjolras y Combeferre, pero á quien nadie conocía, se unió al grupo. Gavroche, distraído con sus cánticos, sus silbidos y sus gritos, con ir el primero y con llamar en las tiendas con la culata de su pistola sin perrillo, no se fijó en aquel hombre.

Al pasar por la calle Verrerie, y al llegar á la puerta de la casa de Courfeyrac, dijo éste:

—Me alegro, porque me he olvidado del dinero, y he perdido el sombrero.

Se separó del grupo y subió las escaleras de cuatro en cuatro; cogió un sombrero viejo, la bolsa y un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande que estaba oculto entre la ropa sucia. Al bajar la escalera le gritó la portera:

—¡Señor Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamáis?—respondió Courfeyrac.

La portera se quedó parada.

—Ya lo sabéis; soy la portera, y me llamo la tía Veuvain.

—Pues bien: si seguís llamándome señor Courfeyrac, yo os llamaré tía Veuvain. Ahora, hablad, ¿qué hay? ¿qué es eso?

—Ahí está uno que quiere hablaros.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto.

—¡Ah, diablo!—dijo Courfeyrac.

—¡Pero es que está esperando hace más de una hora á que volváis!—añadió la portera.

Y al mismo tiempo un jovencillo vestido de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, cubierto con una blusa agujereada y un pantalón de terciopelo remendado, que tenía más bien facha de una muchacha vestida de muchacho que de hombre, salió de la portería, y dijo á Courfeyrac, con una voz que no era por cierto de mujer:

—¿El señor Mario ha venido?

—No está.

—¿Volverá esta noche?

—No lo sé.

Y Courfeyrac añadió:

—En cuanto á mí, no volveré.

El muchacho le miró fijamente y le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿A dónde vais?

—¿Qué os importa?

—¿Queréis que os lleve ese cofre?

—Voy á las barricadas.

—¿Queréis que vaya con vos?

—¡Si tú quieres!...—respondió Courfeyrac,—la calle es libre; el empedrado es de todo el mundo.

Y salió corriendo en busca de sus amigos. Cuando los hubo encontrado, dió el cofre para que le lle-

vase á uno de ellos. Hasta un cuarto de hora después no vió al joven que le había seguido.

Un grupo de este género no va precisamente á donde quiere: ya hemos dicho que le arrastra el viento. Pasaron por Saint-Merry y se hallaron sin saber cómo en la calle de San Dionisio.

LIBRO DÉCIMO SEGUNDO

CORINTO